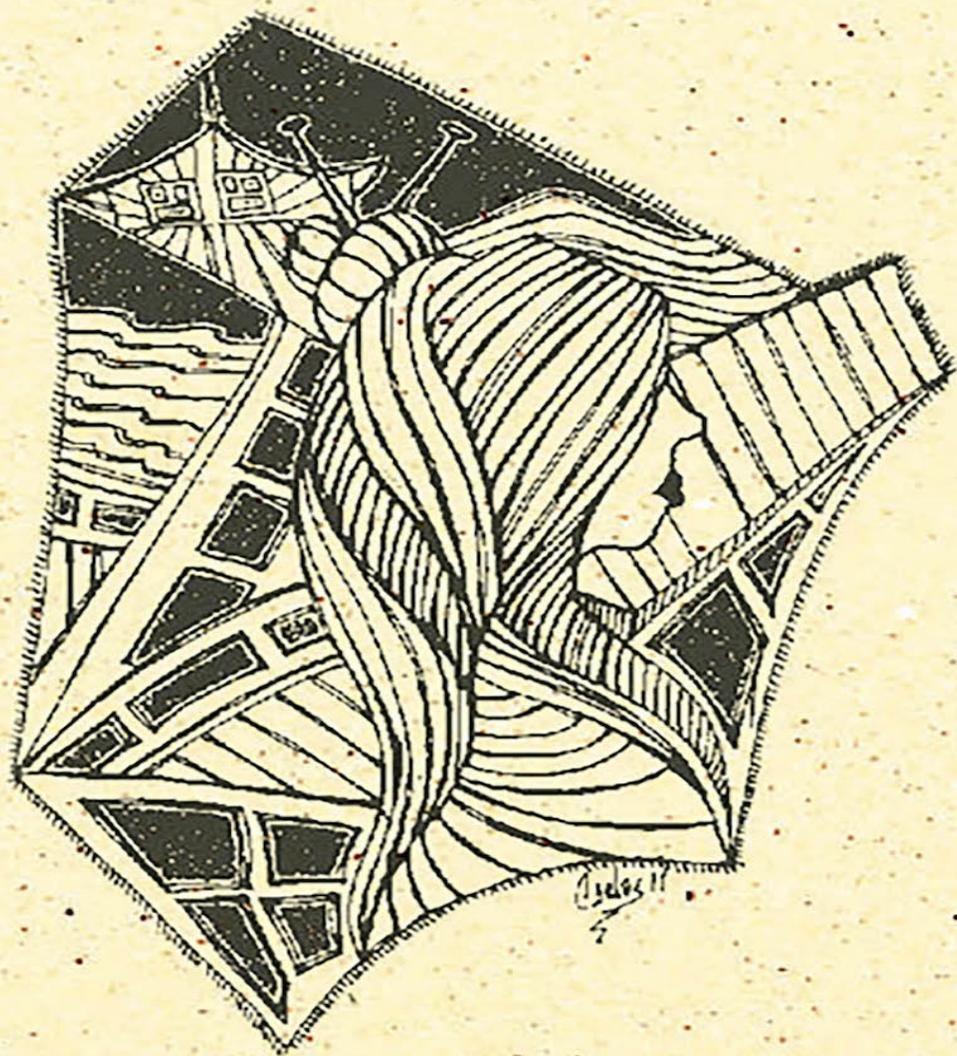


VÍCTOR ROURA

Boca diminuta



Colección
la furia
del pez

COLECCIÓN LA FURIA DEL PEZ

2

VÍCTOR
ROURA

Boca diminuta



Ediciones del Ermitaño
MINIMALIA

Primera edición, agosto de 2011

Director general: Alejandro Zenker

Director de la colección La furia del pez: Víctor Roura

Cuidado editorial: Elizabeth González

Coordinadora de producción: Beatriz Hernández

Coordinadora de edición digital: Itzbe Rodríguez Ciurana

Portada: Carlos González

Agradecemos el apoyo para esta publicación de la Fundación Grupo Anjor, A.C.

© 2011, Solar, Servicios Editoriales, S.A. de C.V.
Calle 2, número 21, San Pedro de los Pinos.
Teléfonos y fax (conmutador): 5515-1657
solar@solareditores.com
www.solareditores.com

www.edicionesdelermitano.com

ISBN 978-607-8312-13-9

Hecho en México

Índice

- I. Verbo ajeno
- II. Vieja vida de años
- III. ¿Y los íntimos decoros?
- IV. ¡Qué pronto se va una mujer de nuestro lado!
- V. Labios que son reloj de arena
- VI. Excesivo onirismo
- VII. Grito enmudecido
- VIII. Y pensar que yo decía
- IX. Corazones alados
- X. De ásperos brazos
- XI. Febriles ansias corporales
- XII. Durante siete sílabas
- XIII. Amores: pavores
- XIV. Quebrantos, engaños, sinrazones
- XV. Primera mirada
- XVI. Olvidos violentos
- XVII. Impulso amoroso
- XVIII. Amores que no lo fueron
- XIX. Implacable imaginación
- XX. Delirio mío
- XXI. Temblores antiguos
- XXII. ¿Amor eterno?
- XXIII. Amnesia y cordura
- XXIV. No sabemos

XXV. Invisible ciencia
XXVI. Delicadeza y recato
XXVII. En los vientos tu nombre
XXVIII. Breves disturbios
XXIX. Rondas mortuorias
XXX. Añeja osadía
XXXI. En los miserables laberintos de mi ansia demudada
XXXII. Tu nombre es la condena
XXXIII. Deslenguado mortal
XXXIV. Tentación
XXXV. Versos pop
XXXVI. Ilusiones pintadas de quebranto azul
XXXVII. Duermo en las orillas de tus olvidos
XXXVIII. Rubor de maldiciones
XXXIX. Pequeña infelicidad
XL. Frágil decisión personal
XLI. Sermones y dones
XLII. No me conozco
XLIII. Anatomía
XLIV. Adopción
XLV. Acaso el rubor
XLVI. Promesa
XLVII. Caderas, aroma, cobardía
XLVIII. Besos parciales, no
XLIX. Dos turbaciones
L. Ocho horas
LI. Una adivinanza
LII. Ser de ti
LIII. Hechizos
LIV. Erótica
LV. Fantasmas visibles de los ayeres
LVI. Medidas y miradas

LVII. Si te das la vuelta
LVIII. Tiza y nudo
LIX. No te asombres
LX. Rascacielos
LXI. Una ciudad de mitos errados
LXII. Susurros en la medianoche
LXIII. Te digo un secreto
LXIV. Sucintos cantos
LXV. Mutuos placeres
LXVI. Amor
LXVII. Y deliran las manos
LXVIII. Aderezo
LXIX. Fatiga morosa
LXX. Si no lo grito
LXXI. Espada
LXXII. Minutero
LXXIII. El recuerdo de tus caderas
LXXIV. Pecados mínimos
LXXV. ¿Dó los hombres sin rutas?
LXXVI. Dudas
LXXVII. La balada del abandono

I. Verbo ajeno

Cauto, uso un paraguas
para protegerme
de la alharaquenta
caída fugaz
del ajeno verbo.

II. Vieja vida de años

¿Vida nueva en nuevo año?
Los días son los mismos;
las rutinas, también;
el desamor persiste
y de ayer son los gestos;
las palabras circulan
en monótono ritmo
en los antiguos labios.
¡Vieja es la vida en años
calificados nuevos!

III. ¿Y los íntimos decoros?

No me sorprenden los prejuicios
contra los íntimos decoros
de la sensual privacidad:
llena de mediáticos juicios,
la multitud levanta en coros
íntimos su procacidad
que la rebosa de prejuicios
atónitos, complejos loros
de la inicua esterilidad.

IV. ¡Qué pronto se va una mujer de nuestro lado!

Santa, santa maldición,
diabólica pudrición:
me mato por los rubores
de los débiles amores.

•

Un eco en sordina:
anda la catrina
como una delfina.
Miro en la vitrina,
mujer cantarina,
tu decir de harina,
¡cuánta argucia fina!

•

Me he olvidado de los rezos,
¡qué pronto caen los cerezos!
Como vienen los bostezos,
¡se van de a poco los besos!

•

¡Tanto querer marchitado,
tanto sueño interpretado!
¡Y ahora en medio de la vida
la ira en el cuerpo se anida!

•

Así como de súbito llegó,
de tal manera, sigilosamente,
se retira, sin mirar una sola
vez hacia atrás: vino, estuvo, se fue.
No volverá más con el mismo nombre.
Tal vez sí con la misma intensidad,
pero con otra cara (¿más bien máscara?),
con otro gesto, con otra mirada,
con otro cuerpo, con otra promesa.
Y luego el amor se irá nuevamente,
tal como llegó: inesperadamente.

•

Uno quisiera acercarse. Y decirle:
me gustaría fusionar mi vida
con la tuya, seguramente etérea.
Pero se queda uno mejor callado,
contando con disimulo en los dedos
cómo otra mujer se ha ido tan de pronto

—altiva, en silencio— de nuestro lado.

•

Una boca femenina habla
más por lo que insinúa en su
gesto que por sus silenciosas
y sinuosas acotaciones.

•

¡Y pensar que en la
mirada lo dije
todo! ¡Y pensar que ella
se fue tan callada!

V. Labios que son reloj de arena

Si sabía que eras mujer ajena,
¿por qué en tus ojos miro mi condena?,
¿por qué en tus labios el reloj de arena
se consume indiferente a mi pena?

Si, mujer, lejos de mi vida estabas,
¿por qué tu cadera es un remolino
de fragancia íntima, pecado fino
de inquerencias con las que tú matabas

los enardecidos extrañamientos
de mi piel agotada, fallecida,
como nostálgicos remordimientos

jamás expuestos, vida corta asida
a tus labios que son reloj de arena
que consume mi vedada condena?